

LA ATALAYA

DIARIO DE LA MAÑANA

AÑO II

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, VAD-RAS, 3

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE L. BLANCHARD, TELÉFONO 158, SANTANDER

NÚMERO 450

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Penetas
Trimestre en la capital 4
Año en la id. 15
Trimestre fuera de la capital 4,50
Año fuera de la id. 16
Número suelto 5 céntimos.
PUNTOS DE VENTA
Estanco kiosco de la Plaza de la Libertad, idem de Puerto Chico, estanco de la calle de las Naos, Estanco kiosco de la Plaza de Begoña, Estanco de la calle de Burgos, idem de la de Atarazanas, idem de la de Doña y Valero, idem de la Plaza Merced.

1934
ABRIL
Plumares: A las 00'00 m. Coeficiente 40.—Bajamaras a las 05'04 m y 07'34 m. Orto del sol: a las 0'44.—Ocaso: a las 9'25.
1
DOMINGO
Santa Teodora, San Venancio, San Macario y San Valerico.

VILLA DE SUANCES
RESTAURANT
DE
PEDRO GÓMEZ FERNÁNDEZ Y COMP.
Calle de la Libertad, plaza de Atarazanas
TELÉFONO NÚM 100
SANTANDER
Depósito de ostras.—Comidas a precio fijo.—Sopa, cocido, principio, postre, pan y media botella de vino, pesetas 1,50.—Lo mismo, sin cocido y dos principios, 1,75.—Cenas a 1,65: una ensalada, dos principios, media botella de vino, pan y postre.
Servicio a la carta.—Ternera a la financiera.—Pollos con guisantes y asados.—Solomillo con champiñón.—Menestra del tiempo.—Coletas de ave.—Emparedados de jamón.—Sambrián con trufas.—Lengua en salsa picante.—Chuletas empanadas.—Entrecots y bistés.—Pescados varios.

DROGUERÍA
DE
PÉREZ DEL MOLINO Y COMP.
El despacho establecido en la calle de los Tableros, núm. 5, se ha trasladado a la calle de la Compañía, esquina a la Plaza de las Escuelas.
Se ha extraviado un perro que responde al nombre de RON, tiene las orejas cortadas, una cruz blanca en el pecho y todo él es de color oscuro.
Se gratificará al que lo entregue en la Villa Elena, Paseo de la Concepción.
SEGUNDA EXPLOSIÓN
Se venden vistas, fotografías de los buzos y detalles de la catástrofe.
Fotografía de Zenón Quintana
BLANCA 28. 8-5

dos raciones, consistentes cada una en media libra de pan y una lata de conservas. El bacalao frito se acabó anteayer, teniendo que pedir ayer los otros alimentos, las conservas.
La barraca construida en la Alameda de la Caña sólo ha servido para el reparto de las raciones, que se hizo en ella. Como anteayer quedó poca ó ninguna gente necesitada en el Sardinero, nadie se refugió allí. Más vale; porque el barracón no ofrecía las mejores condiciones. A esta barraca acudieron ayer muchos curiosos, a presenciar la distribución del pan y de las conservas, distribución que presenciaron también algunos individuos de la sociedad «Amigos de los Pobres».
A las nueve y media ó diez la zona peligrosa se hallaba completamente desalojada. La guardia civil tomó, como anteayer, las entradas de las calles, para impedir toda circulación. Fueron detenidos varios coches, a los cuales se obligó a que se alejasen de la zona peligrosa.
Adoptadas todas estas precauciones, cumpliendo el señor Gobernador las órdenes del ministro, se reanudaron a las nueve, las operaciones encaminadas a explorar los restos del barco, por si hubiera quedado en ellos alguna cantidad de nitroglicerina.
La primera explosión se efectuó a las diez y diez minutos, y produjo una fuerte trepidación, que se sintió perfectamente.
A las diez y veinticinco se produjo la segunda, estallando los cartuchos cuando acababa de apartarse el bote desde el cual se colocan los torpedos.
Se temió en los sitios desde donde presenciaba el suceso gran parte del vecindario, que hubiese caído algún proyectil sobre los tripulantes de la embarcación, pero nada ocurrió, afortunadamente.
La tercera explosión fue a las diez y cuarenta y cinco y se sintió menos que la anterior; la cuarta, muy fuerte, a las once y diez; la quinta, menos fuerte, a las once y treinta; la sexta, que se oyó poco, a las doce; la séptima, fuerte, a las doce y veinte; la octava, muy fuerte, a las doce y cuarenta; y las demás se fueron produciendo con pequeños intervalos, sin interrumpir mucho tiempo las explosiones para comer. A las dos y diez hubo una explosión muy fuerte, a las dos y treinta otra, y se siguieron provocando otras a las 2 y 45, 3'12, 3'30 y 3'40. A las cuatro y veinticinco terminaron las explosiones, la última de las cuales falló. También fallaron otras dos, pero se colocaron nuevamente los hilos conductores de la electricidad y se pudo conseguir hacer estallar los explosivos. En otro lugar damos más detalles acerca de las operaciones de ayer.
A las cuatro y treinta minutos tocaron diez los cornetas y empezó el repique de campanas.
La impaciencia de los vecinos por volver a sus hogares era tal, que se apresuraron a acercarse a la población antes de la hora en que se había anunciado que terminarían las operaciones.
A las cuatro y cuarto la Alameda Primera, la calle del Correo y la parte del muelle comprendida entre el desembarcadero y Puertochico estaban llenos de gente que esperaban el repique de campanas para que se rompiese el cordón y se permitiese entrar en las calles comprendidas en la zona peligrosa.

En algunos cafés que estaban fuera de la zona se metió mucha gente y el número de curiosos que presenciaban las explosiones desde el desembarcadero de los Corconeras creció a media tarde hasta llenarse completamente aquel lugar y los inmediatos.
Todas aquellas personas que acudieron allí no mostraban gran desconfianza, y algunos se fueron acercando hasta las primeras machinas de Maliaño.
Las ambulancias sanitarias se suprimieron ayer por considerarla el Ayuntamiento innecesarias. Pero no se suprimieron los retenes de bomberos ni las comisiones de tenientes de alcalde y alcaldes de barrio, que recorrieron, como anteayer, sus distritos respectivos.
Respecto a la fuerza pública, cumplió las mismas disposiciones que anteayer, dadas en una orden de la plaza, de que ya tienen conocimiento los lectores.
Las operaciones
El trabajo de los ingenieros militares a quienes había encomendado la Junta técnica las de ayer, con asistencia de los señores Bustamante y Madrid-Dávila, puede decirse que ha sido un verdadero reconocimiento y demolición del casco del «Machichaco».
De los 21 tiros que en el transcurso del día, sin descansar para comer siquiera, se dispararon, fallaron sólo tres, que se retiraron del agua, mudándose el cebo y haciéndolos estallar seguidamente.
Se usó como más expedito el sistema de pellejo, en el cual se metían unas veces 12 y otras hasta 25 kilos de dinamita. Las cargas variaron según el sitio y la profundidad y la probabilidad de que hubiera ó no nitroglicerina cuya explosión se pudiera provocar.
Se fondearon tiros hasta a 12 metros de profundidad, lo que indica bien claro que el casco del vapor fue enterrándose y demoliéndose a medida que iba recibiendo las sacudidas que sufrió.
Ultimamente, cuando ya la capa de fango sobre que descansaba el vapor era muy poca, se empezó a notar que la trepidación del terreno era más marcada y se vieron rodar tablones de las estivas inmediatas y de los almacenes contiguos al muelle de Maliaño, al mismo tiempo que se supo que una casa, cerca de la rampa de Sotileza, se había cuarteado algún tanto.
En vista de esto, los ingenieros fueron disminuyendo las cargas para que no fuera a más la trepidación y empezaron a sufrir los edificios, ya que en el vapor, por esta disminución no dejaban de producir efecto las cargas que se hacían.
Lo más fácil en estas ocasiones es hacer disparos de mucho efecto a la vista, pero de poco en la realidad, al revés de lo que debe de pasar en todo trabajo submarino.
Cuanto desde la machina de la Monja y Deheva estuvieron presenciando los disparos pudieron advertir que a cada uno se removían mil objetos del fondo, tablones, cuerdas, chapas del forro y mucho fango, y eso que hubo carga, como ya hemos dicho, que se colocó a 12 metros de profundidad.
En cuanto a existencia de nitroglicerina, queda ya fuera de duda, que la que no ha explotado parcialmente impulsada por los disparos, ha salido mezclada con la espuma y las trombas de agua y adherida a los mil objetos que se han separado del centro del barco. Los torpedos del primer día fueron suficientemente «provocadores» para haber hecho salir toda la que hubiera en los puntos precisos que atacaron, y ayer, los 21 disparos, en los que se habrán gastado cerca de 20 cajas de dinamita, pueden haber explorado muchos rincones, además de haber contribuido no poco a desgazar el barco.
La machina, a consecuencia no sólo de los disparos cercanos, sino de la gran cantidad de peso que el primer día le cayó encima con parte de los cilindros, ha sufrido tanto y está tan quebrantada, que sería una verdadera imprudencia el permitir amontonamiento de gente sobre ella, pues sabido es que los pesos que se mueven constituyen la carga más peligrosa y propensa a producir hundimientos. Está además llena de agujeros por las piezas que sobre ella han caído.
Cuando hemos visto toda la obra que los ingenieros militares, de minas, el señor Bustamante y los demás han tenido que efectuar para manejar sin accidente alguno en aquel estrecho é incómodo sitio de la casamata la cantidad respetable de dinamita, fulminantes y espoletas que han disparado en el corto espacio de ocho horas escasas; cuando anteayer, en un tiempo relativamente corto, se ha hecho cosa parecida a bordo de un barco sin comodidades como el «Condor», no podemos menos de dar gracias al cielo porque ninguno de esos numerosos cooperadores ha sufrido el menor accidente.
Pensar lo fácil que hubiera sido en la casamata con las fuertes trepidaciones y aquella cantidad de dinamita y fulminantes un accidente, se le alcanza a cualquiera. Sólo la disciplina militar puede hacer lo que se ha hecho ayer sin un arañazo y sin romper una teja; bien fácil hubiera sido conmoviendo medio Santander; todo era cuestión de carga.
Hoy por la mañana, si el tiempo lo permite, por lo claro y el buen estado del agua, se harán sondeos minuciosos para conocer el verdadero estado de desguace del casco del «Machichaco», sondeos que serán hechos por los señores Bustamante, Bruna y demás individuos de la Junta técnica.

DEL MACHICHACO

De ayer
La jornada de ayer fue semejante a la de anteayer, toda una jornada de ansiedades, de molestias, de fastidio. Podríase aplicar a la relación de lo que sucedió ayer, lo de los sucesos de anteayer, pues no se diferenciaron gran cosa los del día 30 de los del día 31.
La misma emigración por la mañana, a primera hora. Los tranvías y los ferrocarriles de Solares y el Sardinero iban y venían sin cesar, llevándose mucha gente. Por el paseo de la Concepción, por el Alto, por Cuatro Caminos, la población se espacía por los alrededores de la ciudad. Previendo quienes podían gastar algo, a pesar de las escaseces que se experimentan en estos días, dificultades para la adquisición de alimentos, los llevaban de sus casas. Muchas personas tenían impreso en su rostro el disgusto que les causaba el alejamiento de la ciudad. La jornada anterior había dejado a todos molidos, aburridos, cansados: se habían experimentado demasiadas emociones, se había sufrido mucho durante las horas que emplearon anteayer los ingenieros en hacer las explosiones. La gente no estaba ayer muy dispuesta a salir de la ciudad, conociendo el resultado satisfactorio de las explosiones de los torpedos, y hubieran permanecido en ella muchas familias que se fueron si no se hubiera acordado la zona peligrosa, si no se hubieran repetido las precauciones tomadas anteayer, si no se temiese una nueva traición del «Cabo Machichaco», si no se pensase que aún estando tan mal trecho, tan destrozado, podían jugar otra mala pasada al pueblo los restos del funesto buque, al hacerse las operaciones que faltaban.
La gente se marchó, y a las ocho y media de la mañana muchas calles estaban casi desiertas, con puertas, ventanas y balcones cerrados. Fuera de la zona peligrosa quedaban muchos vecinos, que no se fueron, pues

en el barrio de Tetuán, en la calle de San Fernando y en la de Vargas, en los barrios altos hubo gente durante todo el día.
Confados en que no pasaría nada, a pesar de los recelos que cada cual abrigaba, muchos curiosos acudieron a la parte del muelle de Calderón no comprendida en la zona peligrosa. Cuando fueron las autoridades al muelle de los Corconeras, había en él cientos de personas, a quienes la guardia civil obligó a desalojar la sala de espera, tanto porque ésta se iba llenando, como por la imposibilidad de oír lo que les decían las personas que hablaban por el teléfono usando el magnífico aparato instalado en aquel sitio.
Por los alrededores de la ciudad había, en los lugares a propósito para observar, muchos miles de curiosos.
En el Sardinero la concurrencia no fue tan grande como anteayer; pero hubo allí mucha gente. Las fondas estaban llenas, y en ningún establecimiento de comidas y bebidas se hallaba a la hora de comer un puesto en una mesa. La gente pobre que no tenía necesidad de las raciones dadas en las barracas, llevó la comida hecha, ó llevó lo necesario para hacerla en el campo, donde se encendió mucha leña. Lo mismo pasó en la Albercía, en Peñaacastillo, en Cueto, en San Román, etc., etc.
Aquellas amplias praderas, cubiertas ya por el verdor primaveral, fueron mesa de muchos, que extendieron sobre la hierba servilletas y manteles y comieron allí, en grupos, sentados en el suelo, los alimentos que habían llevado de Santander y los que pudieron hallar fuera de la ciudad.
La distribución de las raciones de rancho se hizo con el mayor orden. En el Sardinero se sirvieron ayer más de dos mil, porque muchas personas llevaban las papeletas correspondientes al día de ayer y las correspondientes al día anterior. A quienes llevaban dos papeletas, les fueron entregadas

El regreso
Ya decimos antes que la gente esperaba con impaciencia el término de las operaciones en los sitios inmediatos a la zona peligrosa. En la Alameda había sentadas en los bancos muchas familias, algunas con líos de ropas y cestas. Al oírse a las cinco menos veinticinco el toque de diana y el repique de las campanas, los guardias civiles que habían impedido el tránsito a la gente, cesaron en su misión de cerrar el paso, y la gente invadió apresuradamente la zona peligrosa.
Mucha parte de las personas que regresaron por la tarde se dirigieron al muelle Maliaño a ver los restos del «Machichaco», que no se veían por estar cubiertos por el agua. No se permitía la entrada a la machina, que ha quedado en muy mal estado.
Con gran algazara, una multitud de chicos se apoderaron de resmas enteras de papel mojado que había sobre el muelle, proce-

356 BIBLIOTECA DE «LA ATALAYA»
do porque la luz eléctrica podía aparecer. El coronel Everest y Mateo Strux habían colocado ya el anteojó sobre el pico, de tal suerte que la luz entrase precisamente en el campo del objetivo. Esta operación simplificaba extraordinariamente las operaciones, que de otro modo y en una noche oscura eran muy difíciles. Si la luz aparecía en el cumbre del Volguiria, inmediatamente sería vista, y la determinación del ángulo adquirida.
Durante aquel día, sir John registró en vano los bosquillos y las altas yerbas, no pudiendo encontrar ningún animal comestible ni casi comestible. Hasta los mismos pájaros molestados en su retirada, habían ido a buscar en la ribera abrigo más seguro. El despacho del cazador no conocía límites, pues entonces no cazaba por placer sino pro domo sua, si esta frase latina puede aplicarse alguna vez al estómago de un inglés. Dotado sir John de robusto apetito que un tercio de ración no podía satisfacer, sufría verdadera hambre. Sus colegas

AVENTURAS DE TRES RUSOS Y TRES INGLESES 357
soportaban más fácilmente esta abstinencia, sea que su estómago fuese menos imperioso, ó que al ejemplo de Nicolás Palander pudieran reemplazar el beefsteack tradicional con una ó dos ecuaciones de segundo grado. En cuanto a los marineros y al bushman tenían tanta hambre como el honorable sir John. Ahora bien, la pequeña provisión de víveres tocaba a su término. Dentro de un día se habría consumido todo el alimento, y si la expedición del foreloper se había retardado en su marcha, la guarnición del fortín estaría pronto en el mayor apuro.
Toda la noche del 27 al 28 de Febrero se pasó haciendo observaciones. La obscuridad tranquila y pura favorecía singularmente a los astrónomos. Pero el horizonte permaneció perdido en la densa sombra, no apareciendo ninguna luz en el objetivo del anteojó.
Sin embargo, el minimum del plazo atribuido a la expedición de Miguel Zorn y de William Emery, apenas había llegado. Sus colegas podían por tan-

360 BIBLIOTECA DE «LA ATALAYA»
pupilas se cerraron involuntariamente, y poco a poco quedaron ambos en un verdadero estado de estupor, y, como suspendida por algún tiempo sus desgarradores dolores, se abandonaron a él.
Ni el bushmán ni sir John pudieron decir el tiempo que así permanecieron, pero una hora después sir John se despertó a causa de multitud de picaduras muy desagradables. Se sacudió y procuró volver a dormirse, pero las picaduras continuaron é impacientado por fin abrió los ojos.
Legiones de hormigas blancas corrían por sus vestidos, y su rostro y sus manos estaban cubiertos de ellas. Esta invasión de insectos le hizo levantarse como movido por un resorte. Su brusco movimiento despertó al bushman tendido a su lado, y que también estaba cubierto de hormigas blancas, pero con gran sorpresa de sir John, Mokum, en vez de arrojar los insectos, los cogió a puñados, los llevó a su boca y los comió con avidez.
—¡Bah! Mokum—dijo sir John—¡qué voracidad tan asquerosa.

AVENTURAS DE TRES RUSOS Y TRES INGLESES 359
nómada, tomando parte en sus ordinarios trabajos. De vez en cuando algún jefe, a quien se conocía por la riqueza de sus pieles, subía las pendientes de la montaña reconociendo los senderos practicables que conducían con mayor seguridad a la cima, pero la bala de un rifle rayado le hacía volver con presteza a la llanura. Los makololos respondían entonces con un grito de guerra, lanzaban algunas inofensivas flechas y empuñaban sus azagayas, volviendo a entrar todo en calma.
Sin embargo, el 26 de febrero hicieron los indígenas una tentativa algo seria. En número de unos cincuenta escalaron el monte por tres lados a la vez. Toda la guarnición se colocó al pie del recinto del fortín. Las armas europeas tan rápidamente cargadas y disparadas causaron algún daño en las filas de los makololos. Cinco ó seis de estos tumantes fueron muertos y los demás abandonaron la partida. Quedó sin embargo demostrado, que a pesar de la rapidez del tiro de los sitiados, los sitiadores podían

45

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN Y DE LOS ANUNCIOS

Table with 4 columns: SUSCRIPCIÓN, ANUNCIOS, ESQUELAS DE DEFUNCIÓN, PUNTOS DE VENTA. Contains rates for subscriptions and advertisements.

SERVICIOS PUBLICOS DE LA PROVINCIA

Section containing public services information: Ferrocarril del Norte, Correos, and various train schedules and postal services.

Linea de las Antillas advertisement for the company TRASATLANTICA DE BARCELONA, listing routes to New York and Veracruz.

LA BANDERA ESPAÑOLA advertisement for a shipping line of Spanish mail steamships, listing routes to Liverpool and Cuba.

PISOS DESALQUILADOS advertisement for rental properties in Santa Clara, including furnished and unfurnished options.

Linea de Filipinas advertisement for routes to Manila, Cebu, and other ports in the Philippines.

HABANA, MATANZAS advertisement for shipping services to Havana, Matanzas, and other Cuban ports.

PASTILLAS FOSFATADAS advertisement for Dr. Klein's phosphorus tablets, used for various ailments.

Linea de Buenos Aires advertisement for routes to Buenos Aires, Montevideo, and other South American ports.

DE CANTABRIA advertisement for a book of 27 articles and 12 poems about Cantabria.

ESTABLECIMIENTO DE HORTICULTURA advertisement for Pedro Eduardo Laguillon's horticulture business.

SERVICIOS DE AFERICA advertisement for routes to Africa, including Marruecos and Tánger.

COMPOSICIONES ARTISTICAS advertisement for artistic compositions and reproductions of buildings and landscapes.

MAGNESIA advertisement for Formiguera's magnesium tablets, used for stomach ailments.

EL CUARTELILLO advertisement for a restaurant and hotel in Santander, owned by Rosendo Tocornal.

PHARMACIA DEL DR. HONTAÑÓN advertisement for a pharmacy in Santander, run by Hernán Cortés.

DEVOCIONARIOS advertisement for prayer books and religious materials, including a new guide for Santander.